



La princesa de los cabellos platinados

Virginia Peña de Bordas

9-13
años



La princesa
de los cabellos
platinados



La princesa de los cabellos platinados

Virginia Peña de Bordas
1950

COLECCIÓN CUENTOS INFANTILES DOMINICANOS. Serie 1

Dirección general: Nurys del Carmen González, Rectora

Dirección editorial: Miguelina Crespo

Consultor editorial: Tulio Cordero

Ilustraciones: José Segura

Diseño y diagramación: Yelitza Sosa y Julissa Ivor Medina

Corrección: Adrian R. Morales y Vilma Martínez A.

ISBN 978-9945-639-58-2

Para esta edición: © Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña.

Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización.

Impreso en los talleres gráficos de AH Editora Offset

1,000 ejemplares

Un cuento infantil

Hola, bienvenidos al mundo encantador y fascinante del cuento infantil. En el Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña –ISFODOSU, hemos reunido para ti una serie de relatos que escritoras y escritores dominicanos crearon en el siglo XX. A estos autores los hemos llamado “los pioneros”, porque fueron de los primeros en publicar historias infantiles en nuestra literatura.

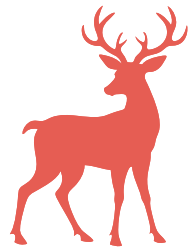
Hoy entrarás conmigo a un mundo lejano, antiguo y fantástico, para conocer las historias de la encantadora princesa Leida y un príncipe que una reina bruja y malvada, había convertido en un ciervo. En un día de caza, los hombres de aquel reino hieren al ciervo. La princesa lo encuentra en el bosque, lo cuida y arriesga su vida para salvarlo. ¿Por qué el pelo de esta princesa se le puso platinado, brillante como la plata?

Ahora te invito a entrar a un mundo mágico y fantástico que te guarda sorpresas. Con estos cuentos podrás soñar, reír y, hasta soltar alguna lágrima. Esperamos que te gusten estas historias y que con ellas aprendas mucho. ¡Adelante: comienza tu lectura y que te diviertas!

Tu amiga,

Nurys del Carmen González
Rectora de ISFODOSU


La princesa de los cabellos platinados



Virginia Peña de Bordas
(1950)



La corte entera estaba alarmada en el **áureo** país de Ofir con la desaparición de la princesita Leida, que era el encanto y la alegría de todos en el palacio real. El rey había salido de caza al bosque como de costumbre, llevando a su hija por primera vez para que se **adiestrara** en la caza del ciervo, como convenía a una princesa de **sangre azul**.



Al comienzo todo le pareció muy divertido a la princesa –las **casacas** rojas de los jinetes, las **trompas de caza** alegrando el ambiente con sus notas sonoras–; pero cuando percibieron al ciervo y todos se lanzaron en su persecución para exterminarlo, como poseídos, la tierna niña experimentó una cruel decepción, renunciando a aquel pasatiempo que debía ocasionar tanto sufrimiento a una criatura hermosa

e inocente como aquella. Por eso, permitió que la **comitiva** corriese ante ella, a todo galope, dando gritos de **júbilo**, y no bien pasaron todos, descabalgó de su caballo y se echó en el césped para refrescarse de la **desatinada** carrera, permaneciendo a solas con sus pensamientos, cosa que le era permitido hacer en muy raras ocasiones.

La naturaleza la deslumbraba con sus **galas primaverales**, admitiendo las corolas de mil **flores odoríferas**, que asomaban entre las altas hierbas, y escuchando el rumor de alguna **f fuente cantarina** que debía quedar escondida cerca de allí.

Por eso, decidió levantarse de su grato lecho para ir en busca de un poco de agua fresca que aplacase su sed. Anduvo un buen trecho, sin encontrar el ansiado **cauce**, hasta que, al fin, lo descubrió **alborozada** muy cerca de la entrada de una caverna, cuya enorme boca disimulaban verdes cortinajes de hiedra y helechos de sorprendente hermosura. Pensó que allí dentro debía haber fresco y entró a la **gruta** sin sentir el menor temor, pues las almas buenas son siempre valientes: no habiéndole hecho mal jamás a nadie, nada tenía que temer de bestias ni de humanos.



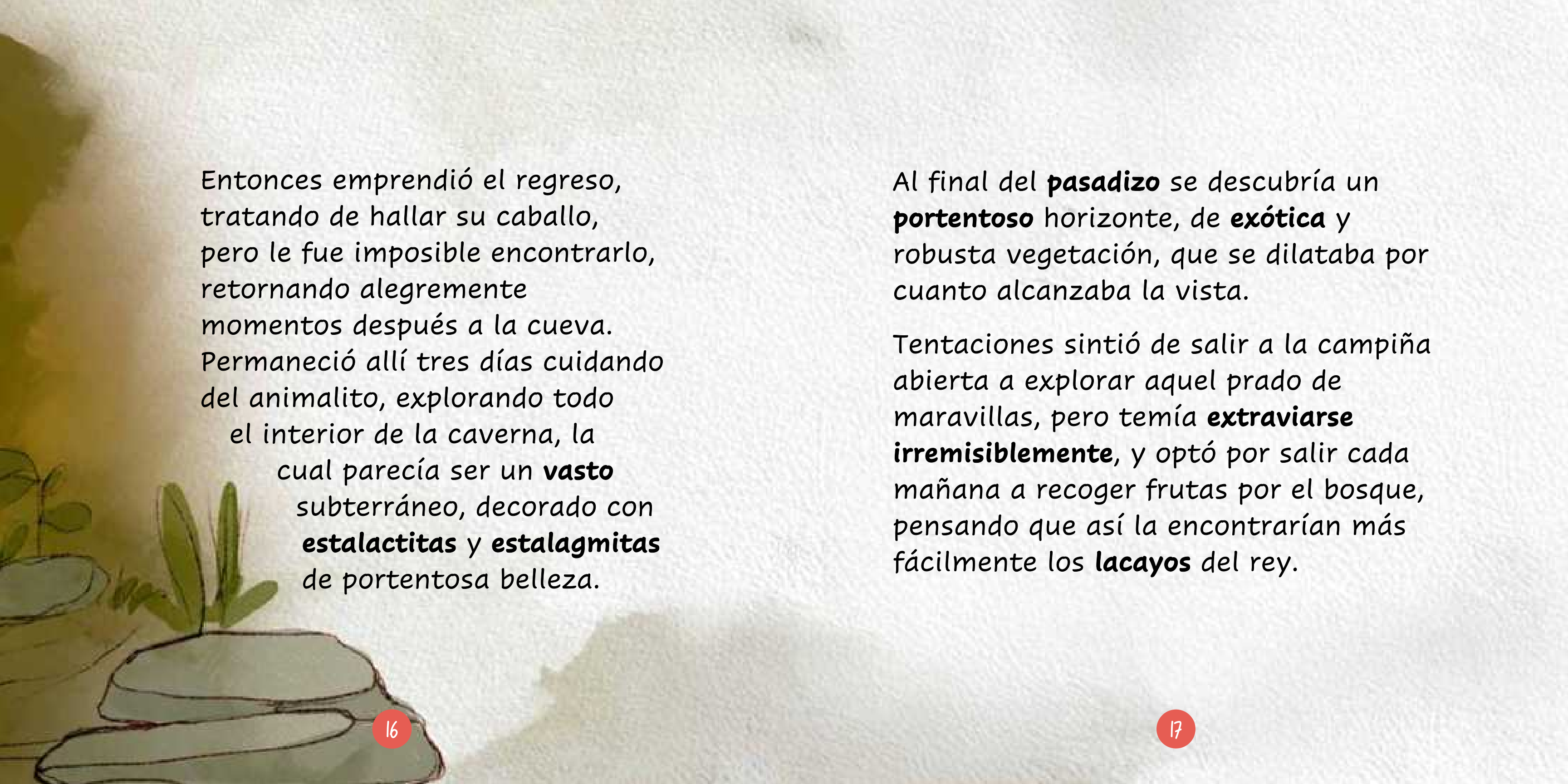
¡Cuál no sería su sorpresa al ver echado en el suelo, en actitud doliente, al hermoso ciervo blanco que había despertado su compasión! El rostro de la princesita se iluminó de una sonrisa tierna al inclinarse para acariciarlo. El inteligente animal no intentó escapar, mirándola con ojos suplicantes. Entonces, la joven notó que el **pobrecillo** estaba herido de una pata y que sangraba profusamente. Se apresuró a curar la herida, lavándola primero con el agua fresca de la fuente y vendándola después con su fino pañuelo de **encajes**.





–¡Pobrecillo ciervo! –le dijo con pesar–, quisiera hacer algo por ti, pero no me atrevo a sacarte de aquí por temor a los canes, que te despedazarían. Ahora debo emprender el regreso a palacio. Mañana volveré a verte y te traeré frutas y tortas. ¿Te agradan?

El inteligente animal **lamió** su manecita con cariño y la princesa Leida antes de marcharse puso agua al alcance de su hocico en un coco partido que halló tirado en la cueva.



Entonces emprendió el regreso, tratando de hallar su caballo, pero le fue imposible encontrarlo, retornando alegremente momentos después a la cueva. Permaneció allí tres días cuidando del animalito, explorando todo el interior de la caverna, la cual parecía ser un **vasto** subterráneo, decorado con **estalactitas** y **estalagmitas** de portentosa belleza.

Al final del **pasadizo** se descubría un **portentoso** horizonte, de **exótica** y robusta vegetación, que se dilataba por cuanto alcanzaba la vista.

Tentaciones sintió de salir a la campiña abierta a explorar aquel prado de maravillas, pero temía **extraviarse irremisiblemente**, y optó por salir cada mañana a recoger frutas por el bosque, pensando que así la encontrarían más fácilmente los **lacayos** del rey.



Por fin, una mañana al salir de su improvisada habitación, oyó ruidos de cascos y de voces y a poco vio salir por entre los árboles una gran **cabalgata** de gentes de palacio, quienes sin duda iban en su busca. Habían encontrado su caballo en aquel **paraje** solitario, siguiéndola hasta allí.



Todos demostraron grandísimo alborozo al reconocerla, a pesar de su traje hecho **jirones** y su dorada cabellera deshecha, flotando a sus espaldas como una **mantilla de blondos encajes**. Pero peinada o no, se trataba de Su Alteza Real, la Princesa de Ofir, y todos sus **vasallos** le rindieron **pleitesía**, ayudándola con mil homenajes a subir a su espléndido carruaje, acolchado en rico brocado de oro. No se despidió del animalito, pensando que podían atraparlo, pero se hizo la promesa mental de retornar al día siguiente con las frutas y tortas que le había prometido.

El rey y la reina experimentaron **indecible** alegría al recuperar a su hija, y aunque la **reconvinieron** por haberse alejado de la comitiva, perdiéndose en el bosque, el sensible corazón de la madre se conmovió al reconocer el **caritativo** motivo que inspiró aquella **deserción**.


–Si es un ciervo blanco, como dices, será un animalito precioso... ¿Te gustaría traerlo aquí?

–¡Muchísimo, mamá!

–Entonces, querida, vamos a complacerte enviando por él. ¿Te parece bien?

El corazón de la princesita se alborozó, pero optó que ella misma debía ir en su busca, porque no quería que lo amedrentasen y solo ella conocía su **escondrijo**. Al día siguiente, la reina misma la acompañó con los **palafreneros** y las damas de honor que tuvieron también el gusto de complacerla.





La princesa encontró a su amiguito en el mismo sitio donde lo había dejado, padeciendo hambre, sin duda, por no lastimar su herida, porque las frutas estaban intactas en el suelo; pero aquel no era el motivo de su **melancolía** porque al **divisarla**, se alzó de un salto y demostrando inmenso **regocijo**. Ya estaba curado y deseaba demostrar de algún modo su agradecimiento a su **benefactora**.



-Vengo a buscarte para que vivas junto a mí en la **morada** de mis padres. Así no volverán a perseguirte otra vez por el bosque. ¿Comprendes?

-Y así diciendo, le puso un dogal de oro al cuello para que todos comprendiesen que aquel animalito le pertenecía. El ciervo pareció comprender lo que se le decía, contemplándola con cariño con sus grandes ojos pardos.

-Debiste ponerle un collar de **platino**
-advirtió la reina- porque tiene los cuernos plateados. ¡Mira cómo relumbran cuando los hiera el sol!

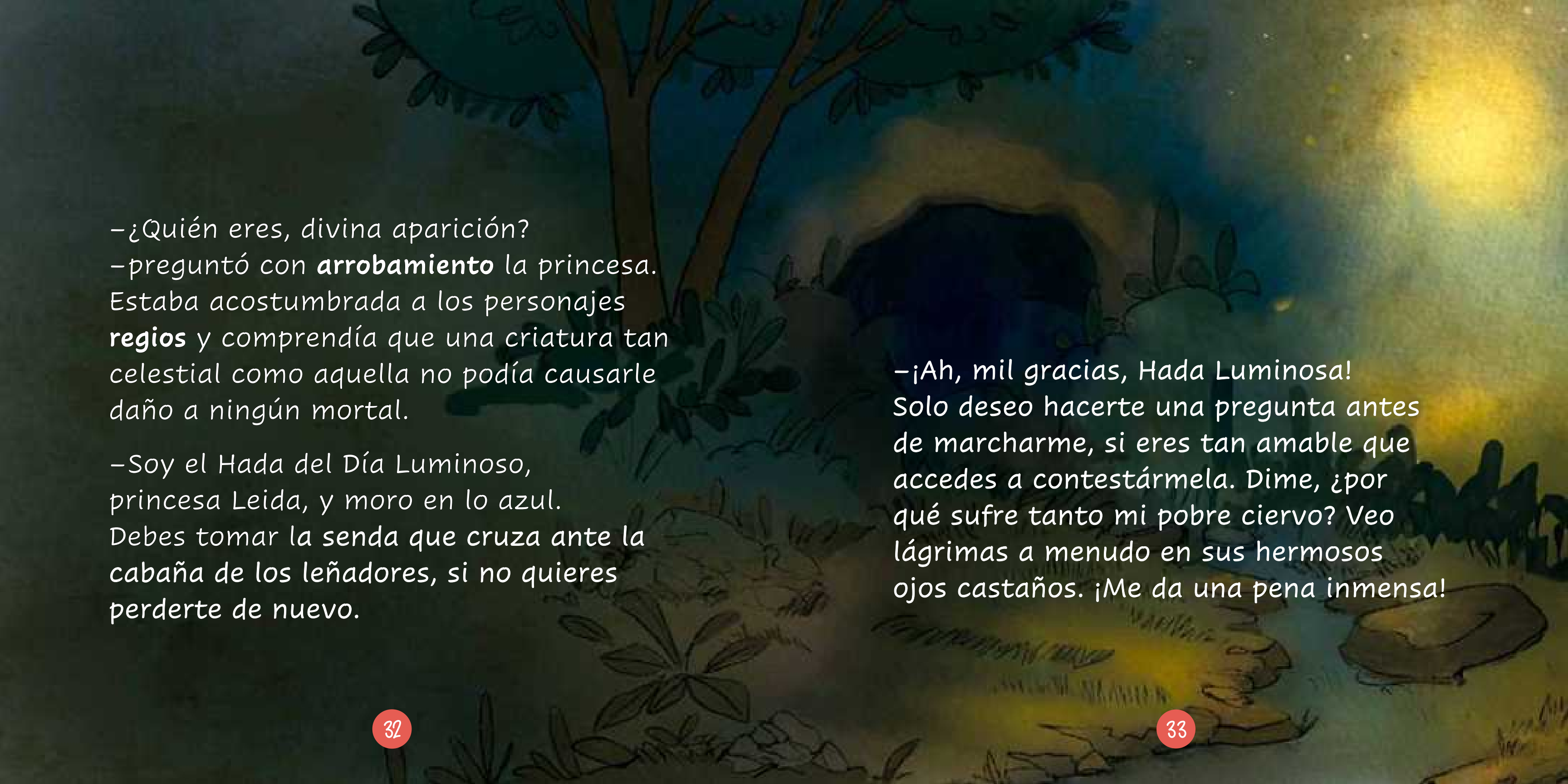
La princesa Leida quedó más encantada que sorprendida al comprobar aquella maravilla: de **antemano** estaba convencida de que no era un ciervo común.

Por tanto, no permitió que le **relegasen** a las cuadras, como a cualquier otro animal, rogando encarecidamente a la

reina que le permitiese ponerle en una habitación de palacio para cuidarle mejor. A la soberana le pareció excesivo aquel requerimiento, pero accedió con su acostumbrada **benevolencia**. También permitió a su hija llevarle a pasear por el bosque algunas tardes, siempre que fuese acompañada de su **aya**. Un día de aquellos, en que la paciente servidora se entretuvo **platicando** con algunos leñadores, la princesa llegó hasta la fuente de la caverna para dar de beber al animalito.

Se hacía de noche y pensó que debía volver a la senda que había abandonado momentos antes, cuando vio ante sí a una mujer de deslumbradora hermosura que la contemplaba con benevolencia. Pensó por un momento que sin duda se trataba de alguna de las damas de honor de la reina, pero advirtió que sufría una **alucinación** porque esta llevaba algo sobre la frente que relumbraba como una estrella. Iba vestida con un **áureo** traje vaporoso y sus pies apenas rozaban la tierra. El ciervo se había ido humildemente a reconocer la cueva, con pena que hería el alma.





–¿Quién eres, divina aparición?
–preguntó con **arrobamiento** la princesa.
Estaba acostumbrada a los personajes **regios** y comprendía que una criatura tan celestial como aquella no podía causarle daño a ningún mortal.

–Soy el Hada del Día Luminoso, princesa Leida, y moro en lo azul. Debes tomar la senda que cruza ante la cabaña de los leñadores, si no quieres perderte de nuevo.

–¡Ah, mil gracias, Hada Luminosa! Solo deseo hacerte una pregunta antes de marcharme, si eres tan amable que accedes a contestármela. Dime, ¿por qué sufre tanto mi pobre ciervo? Veo lágrimas a menudo en sus hermosos ojos castaños. ¡Me da una pena inmensa!

–Llora porque es un príncipe de **estirpe** real, como tú, convertido en ciervo por las **malas artes** del Hada de la Noche Negra, perversa y vengativa como ninguna. Le odia porque no **se avino** a aprender sus malas artes, repudiándola por hechicera. ¡No sabes cómo sufre el príncipe Gabriel con esta triste transformación!

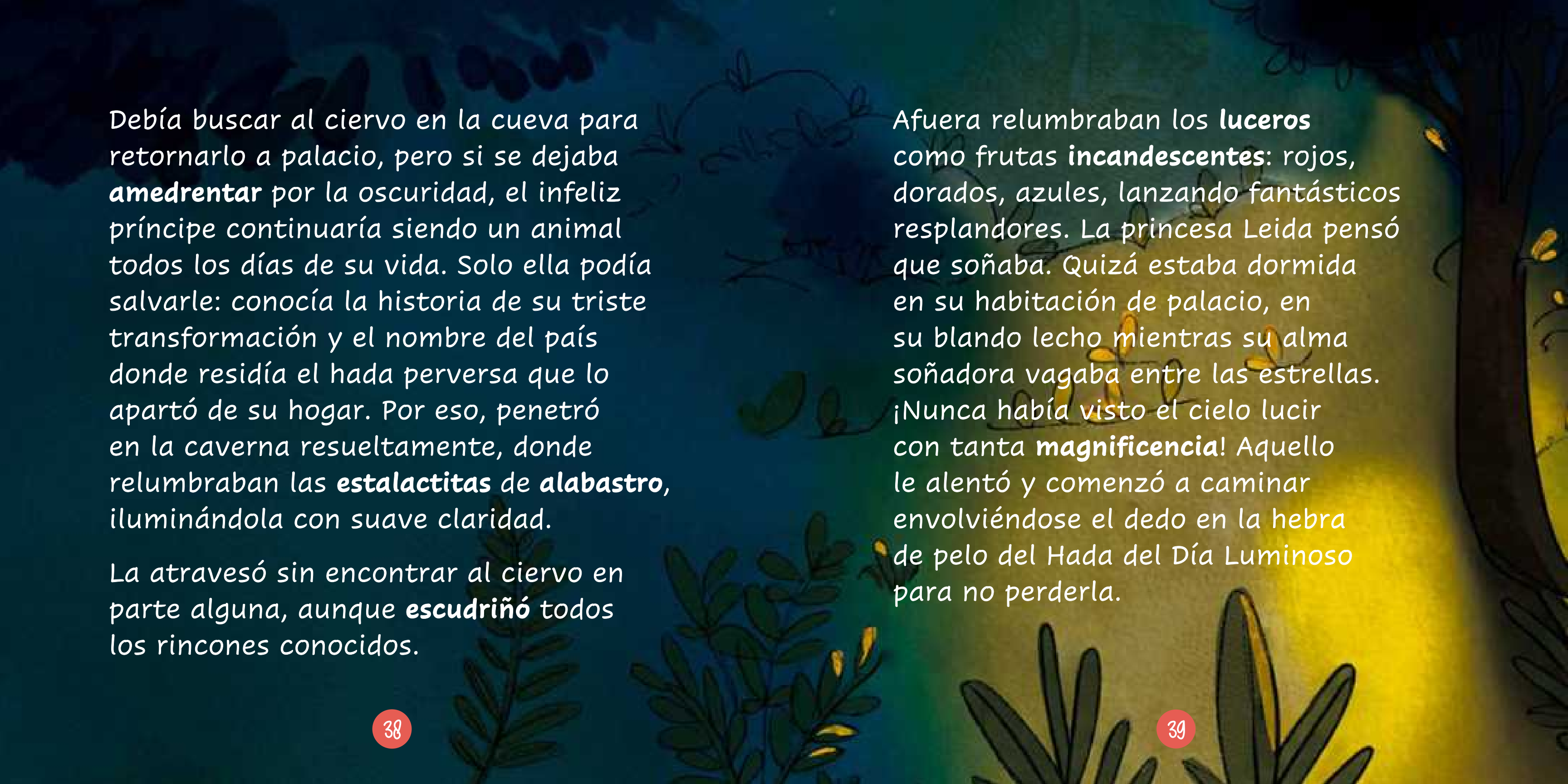
–¡Pobre príncipe! –murmuró la joven con acento lleno de angustia–, ¡indícame, por favor, cómo he de llegar hasta la morada del Hada de la Noche Negra para rogarle de mil modos que perdone al príncipe Gabriel y le vuelva a su forma primitiva!



–¡Pobre niña! El Hada de la Noche Negra mora en el Palacio del Engaño, en el País de lo Imposible: ahí no se puede llegar nunca por medios naturales, pero si tienes fe y valor, quizás podrás lograrlo, **perseverando** hasta el fin. Quiero ayudarte porque sospecho en ti esas virtudes, y valen más que toda la belleza que Dios te ha otorgado.

Y diciendo esto, el hada arrancóse una larga hebra de sus cabellos de oro y poniéndolo sobre la mano de la princesa, desapareció.





Debía buscar al ciervo en la cueva para retornarlo a palacio, pero si se dejaba **amedrentar** por la oscuridad, el infeliz príncipe continuaría siendo un animal todos los días de su vida. Solo ella podía salvarle: conocía la historia de su triste transformación y el nombre del país donde residía el hada perversa que lo apartó de su hogar. Por eso, penetró en la caverna resueltamente, donde relumbraban las **estalactitas** de **alabastro**, iluminándola con suave claridad.

La **atravesó** sin encontrar al ciervo en parte alguna, aunque **escudriñó** todos los rincones conocidos.

Afuera relumbraban los **luceros** como frutas **incandescentes**: rojos, dorados, azules, lanzando fantásticos resplandores. La princesa Leida pensó que soñaba. Quizá estaba dormida en su habitación de palacio, en su blando lecho mientras su alma soñadora vagaba entre las estrellas. ¡Nunca había visto el cielo lucir con tanta **magnificencia**! Aquello le alentó y comenzó a caminar envolviéndose el dedo en la hebra de pelo del Hada del Día Luminoso para no perderla.

No bien hubo hecho esta maniobra, sintió un fuerte soplo de viento sobre su cabeza como de alas gigantes que cruzaban por los aires y a poco vio descender un ave enorme, de ojos fulgurantes. Iba ya a huir amedrentada, cuando el ave extraña se posó en una roca a su lado y le habló así:

–No temas, princesa, que estoy pronto a transportarte adonde me ordenes. Mientras tengas ese cabello envuelto en el dedo, no puedo negarme a nada que me pidas. ¿Qué me ordenas?

–¡Que vuelvas a su forma primitiva al príncipe Gabriel, convertido en ciervo. ¿Podrás hacerlo?



–¡Me apena no poder complacerte, princesa, pero no está en mi poder deshacer lo que otro hizo con malas artes. Lo que sí puedo hacer es transportarte a ese **brumoso** país que llaman Lo Imposible para que tú misma **abogues** por él. ¿Estás dispuesta?

La princesa pensó que quizás era tan solo un sueño y por tanto saldría a pedir de boca. Razonaba así para darse ánimos, mientras se desataba el **ceñidor** multicolor de su vestido. Se sentó sobre el pájaro gigante sujetándose con su ceñidor, el que pasó por debajo de sus fuertes alas. Súbitamente se sintió

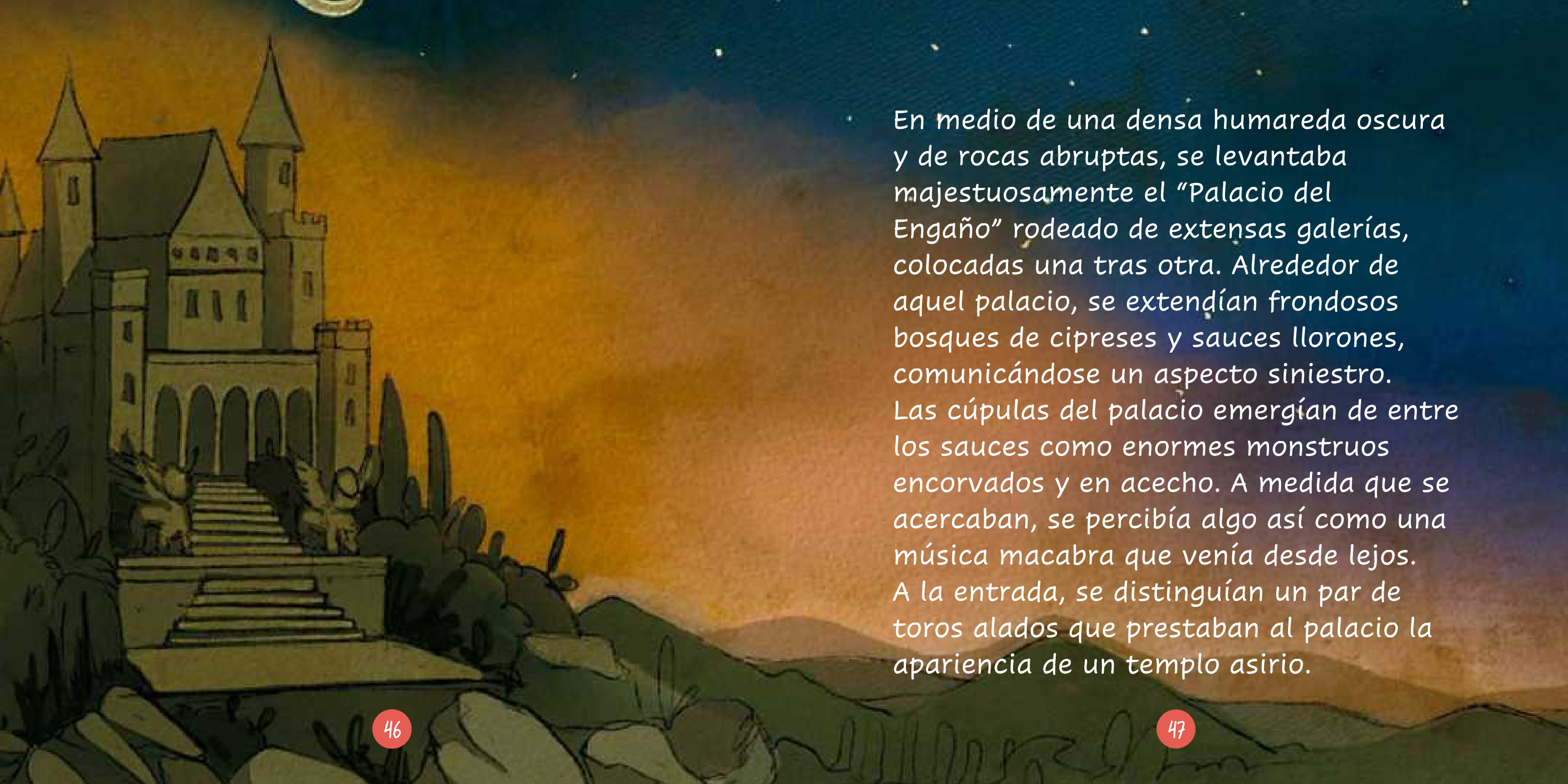
arrebatada por los aires, por encima de los bosques, del mar y de las altas montañas cubiertas de nieve. La princesa sintió que el corazón le palpitaba aceleradamente y que las sienas le martillaban. Tal fue el pánico que la rápida ascensión le produjo que creía que se estrellaría irremisiblemente contra las rocas de las **escarpadas** montañas. De pronto, todo se oscureció a su vista. Tuvo la sensación de que estaba suspendida en el vacío y se sintió desvanecer.



El viento que soplabá a través de los aires era tal que hacía flotar el **albo chal** de la princesa, el cual se desplegaba ente las nubes como la vela de un buque.

Cuando recobró el conocimiento, quedó maravillada con el panorama que se ofrecía a su vista: un país muy **escarpado**, erizadas de **almenas** las torres de sus castillos e iglesias.





En medio de una densa humareda oscura y de rocas abruptas, se levantaba majestuosamente el “Palacio del Engaño” rodeado de extensas galerías, colocadas una tras otra. Alrededor de aquel palacio, se extendían frondosos bosques de cipreses y sauces llorones, comunicándose un aspecto siniestro. Las cúpulas del palacio emergían de entre los sauces como enormes monstruos encorvados y en acecho. A medida que se acercaban, se percibía algo así como una música macabra que venía desde lejos. A la entrada, se distinguían un par de toros alados que prestaban al palacio la apariencia de un templo asirio.



El Loro Gigante se posó al final de la escalinata para que la joven pudiese descabalgarse con toda comodidad.

–¿Debo quedarme sola aquí?
–preguntó Leida con un **hilillo de voz**.

–Ya nada tengo que hacer aquí –contestó el interpelado con triste entonación.

–¡Oh, Loro Gigante!,
¿no podrías quedarte conmigo un momento?
No te haría esperar mucho...

–Lo siento, princesa, ya no puedo ayudarte; al bajar has dejado extraviar el **talismán** del Hada del Día Luminoso y en este palacio fatal nadie puede permanecer más de una hora sin correr gravísimos riesgos. Cuídate de no acercarte a ella cuando tenga el **cet**ro en la mano y no mires nunca hacia atrás.

–Está bien, Loro Gigante –asintió con lágrimas en los ojos–, trataré de recordar tus consejos no acercándome a la hechicera en lo que permanezca en este recinto; ni miraré hacia atrás, si es que puedo evitarlo. Adiós y gracias.

Y vio al precioso pájaro batir las alas y remontar el vuelo majestuosamente en el espacio estrellado. Se volvió resueltamente, decidida a afrontar lo inevitable, echando a andar en busca de la entrada principal, recordando que el Hada del Día Luminoso le aseguró que con fe y valor podía vencer.

Todas las puertas estaban cerradas, menos una, y al empujarla suavemente contempló llena de espanto a un genio

gigantesco de rostro simiesco, echado en el umbral, con una **alabarda** sobre las rodillas, pero dormía profundamente y la princesa pudo pasar **en puntillas** junto a él sin despertarle. A pesar de estar acostumbrada a la magnificencia del palacio real, la joven no había perdido el don de maravillarse y aquella fantástica residencia la deslumbró: todo era allí negro y relumbraba con suaves destellos, a pesar de que no había lámpara alguna visible. Cruzó un amplio pasillo con **pavimento** de ónix, flanqueado por

deslumbradoras y extrañas estatuas, que parecían talladas en diamante.

Al final junto a una puerta monumental, que velaban pesados cortinajes, había **tibores** gigantescos, los cuales ostentaban negras plumas rizadas en vez de rosas. Temerosa, con el corazón latiéndole **tumultuosamente**, la princesa levantó la cortina de largos flecos que rozaba el suelo para convencerse de que aquel era el salón del hada.



Quedó inmóvil sosteniendo la respiración por temor a despertar a la horrible **deidad de hirsuta** **cabellera cana** que dormitaba allí en su trono de ébano, custodiada por fieros dragones de **fauces** abiertas.



Alrededor había algunas esclavas **nubias**, **indolentemente** echadas en el suelo sobre sendos almohadones.

La princesita sintió un leve roce, contemplando **espeluznada** una **sierpe** dorada que se deslizaba tras ella, sugiriéndole una **celada**, pero no volvió la vista atrás, pensando que la ponían a prueba. Sin embargo, dio un salto **involuntario**, quedando con este movimiento plantada en el salón del trono. Hubo un movimiento detrás de la cortina y la princesa avanzó un paso más, temerosa de lo que allí se ocultaba, pero escuchó una vocecilla tenue que le decía: "No temas nada, princesa Leida", y ten fe en Dios. Esto que ves no es más que puro artificio. Alza la cabeza serena, como si no te intimidasen». Allí quedó, atemorizada y muda, con los puños

apretados a ambos lados del pecho, en una actitud de sobresalto muy parecida al reto.

El Hada de la Noche Negra se despertó bruscamente mirando a la intrusa con reconcentrado furor. También despertaron los dragones y las esclavas, los cuales alzaron un pavoroso clamor que estremeció todo el palacio.

–Atrevida mortal –acusó la hechicera–, que has osado turbar la soledad de estos lugares, ¿qué vienes a buscar a este palacio? Di quién eres y qué pretendes de mí. ¿Acaso ignoras que expones tu vida inútilmente?

-Hada de la Noche -contestó la princesita con mesura desconcertante-, el destino del hombre se cumple siempre, ya sea **cobarde** o valeroso. Así lo asevera mi padre, el rey Ziar, que es el soberano más bondadoso y más valiente de la tierra! ¡Soy la heredera del trono de Ofir y busco... la felicidad!

Las esclavas guardaban ya un respetuoso silencio, pero los dragones continuaban rugiendo de un modo espantoso. De sus fauces abiertas escapaban lenguas de fuego.



–¡Callaos, odiosas alimañas u os **haré trizas!** –les amenazó furiosa el hada, casi tan temible como ellos mismos en su ira incontrolada, azotándoles salvajemente con la varita mágica que **esgrimía** como cetro. Los monstruos lanzaron una especie de **estertor**, convirtiéndose inmediatamente en dos despreciables enanos de horribles jorobas blancas. Ambos quedaron muy maltrechos y heridos por los golpes, permaneciendo **agazapados** junto al sitial de la hechicera, contemplándola con miradas de odio.





–¡La felicidad!...
–gruñó la **hosca deidad**
con **acento mordaz** sin preocuparse
ya más de sus víctimas–. Infeliz, ¿crees
realmente que existe? ¿No sabes que es
tan solo una **falacia del pensamiento**?

–Y de sus ojos como **carbunclos**
se escapaban **destellos**
fosforescentes.

–Señora –contestó la princesa con
intrépida confianza–. ¡La felicidad
es como el sol! Está siempre
esperando la oportunidad para
asomar tras las nubes de nuestro
egoísmo. Es aquello que más rinde
mientras más se distribuye, porque
solo somos enteramente felices
cuando acertamos a hacer feliz
a otro mortal. También es una
máxima de mi padre...

–¡Ah, eres buena discípula, pero demasiado pequeña para ser filósofa! ¿Y cómo supones que vas a encontrar ese espíritu de luz en este palacio? –Y su risa horrísona estremeció el trono–. ¡Aquí es noche **lóbrega** hasta en pleno día! Si esa deidad que nombras tiene su morada en este mundo de desengaños, debe ser muy lejos de aquí... Por tanto, debes marcharte cuanto antes.

La princesa Leida bajó la cabeza y dos lágrimas rodaron de sus hermosos ojos. Nada podía esperar de aquella deidad

cruel, que hasta ignoraba que tenía poder para hacer el bien, no habiéndolo intentado jamás en su mísera existencia.

–Señora –suplicó con los labios estremecidos– ¿qué queréis a cambio de la libertad del príncipe Gabriel? ¡Sufre tanto! ¡Yo... no sabría con qué pagaros tanta bondad!

El Hada de la Noche Negra se quedó contemplándola con sonrisa un tanto feroz y, restregándose las **manos sarmentosas**, exclamó con sorna:

–¡Ah, la bella princesa de Ofir está dispuesta a pagar mis bondades! ¿Qué cosa podría ofrecerme a cambio de la libertad de su protegido? ¿Querría trocar su cabellera de oro por la mía? ¡Es lo único que me falta!... ¿Estáis pronta a partir con ella? –Y agregó con gesto estudiado–: En este instante se preparan cien cazadores a batir el bosque en una expedición de caza... ¿No lo crees? Contempla la bola de **obsidiana** que está a la entrada del salón. Representa a la Tierra y en ella se refleja todo cuanto acontece en el mundo.

La princesa se acercó temblando a la bola, advirtiéndole con indecible congoja que junto al bosque de Ofir se aprestaban a la caza numerosos caballeros y **palafreneros** y en un claro de la maleza dormía indiferente el ciervo de la princesa.

–Ya casi amanece, conque decídete... No hay tiempo que perder... –comentó la voz burlona del hada–. El cariño debe pagarse con algún sacrificio. Sin duda el orgulloso monarca de Ofir aprobará tu decisión...

De nuevo la princesa Leida sintió un suave murmullo tras los cortinajes.

–No conseguirás algo por nada –le advertía la misma vocecilla insinuante–. Haz que ponga el cetro a un lado y te entregue la **sortija** del dragón que lleva en su mano derecha, ¡pero no te acerques demasiado!...

–Está bien, Hada de la Noche –dijo inesperadamente–, me decido a trocar por la tuya mi cabellera, pero antes debes darme una prueba de que

cumplirás tu palabra. Echa el cetro a un lado, y entrégame la sortija que llevas en tu mano derecha. Me ha gustado mucho y es todo cuanto te exijo.

El hada reflexionó un instante. Con aquella sortija podría trasladarse a cualquier punto de la tierra y descubrir **portentosos** tesoros ocultos en su seno, pero sin duda ella no sabría utilizarla debidamente. De todos modos, ¡qué bien resultaría convertida en **corza**! ¡Indiscutiblemente llevaba las de perder!



–Acepto, princesa –dijo hipócritamente–. Poseo centenares de sortijas como esta. Te la cedo y cumplo tu requerimiento, depositando mi **varilla mágica** a mis pies. Nunca pensé hacerte daño: eres demasiado hermosa. Toma la sortija: es tuya y muchos tesoros que no soñaste poseer.

La princesa se adelantó a tomar el anillo, sintiendo con asombro que al colocarlo en su anular experimentaba un dolor intenso hasta la raíz del pelo. A su vez el hada lucía más perversa aún que antes, envuelta en sus dorados cabellos.

La vocecilla de antes volvió a **amonestar** a sus espaldas:

–No creas en sus supuestas bondades, princesa... ¡No te acerques tanto! Márchate sin volver la vista atrás, si quieres evitar una desgracia irreparable...

Pero la joven se acercó más de lo justo. La maligna hechicera se inclinó rápidamente, esgrimiendo la varita

mágica. La princesa Leida se sentía como petrificada, tal como si hubiese echado raíces de repente. Pero algo se deslizó por el negro espaldar del trono y en el instante de descargar el golpe fatal, el áspid dorado le clavó sus colmillos en el hombro con furia **vindicativa**. El hada lanzó un aullido como fiera herida y se oyó un ruido subterráneo. El palacio se conmovió hasta sus cimientos.

La princesa huyó espantada de allí advirtiéndole con sobresalto que las estatuas se desmoronaban a su paso, como si hubiesen estado hechas de carbón; y las paredes se abrían como si las sacudiera un fuerte terremoto. Al cruzar el umbral despavorida, el gigantesco genio

guardián se postró ante ella de rodillas en humilde reverencia. Sin percatarse de lo que hacía, la joven daba vueltas a la sortija mágica.

–¿Qué quieres, mi dueña? –preguntó–.
Estoy pronto a satisfacer vuestros más
pequeños deseos.

La princesa quedó
encantada ante
semejante
ofrecimiento.
Quería escapar de
allí cuanto antes
y sobre todo
deseaba dormir
porque el sueño
y el cansancio
la rendían.

–Solo anhelo alejarme de aquí y
dormir. Y en la mañana debo ver al
príncipe Gabriel.

No bien hubo dicho estas palabras, se
sintió invadida de dulce **somnolencia**
y transportada por los aires, como
mecida en una cuna.

Transcurrieron varias horas antes
de que la princesa Leida despertara
de su sueño mágico. Cuando por fin
entreabrió los párpados, el genio de la
noche había desaparecido, pero aún
conservaba en su **diestra** la sortija del
dragón y al llevarse las manos a las

sienes, comprobó con desconsuelo que en vez de la suya llevaba la **cabellera cana** e hirsuta de la hechicera. Pensó que no iba a ser reconocida por los suyos si se presentaba así en palacio... Entonces, ¿a qué retornar? Ante tan desoladora perspectiva rompió a llorar con desconsuelo, alzándose de su lecho de paja para ir a contemplarse en el espejo de la fuente. Entonces, en la penumbra de la caverna se destacó una sombra luminosa, como vestida de blancas estrellas, diciéndole con dulce entonación:





–Perdiste mi talismán, princesa, pero te protegí en forma de sierpe en el Palacio de la Noche Negra y ahora quiero ayudarte de nuevo. Tendrás en vez de tu cabellera de oro una de purísimo platino, tan hermosa como la que cediste con gesto generoso. Conserva tu fe, que es el talismán más precioso de la tierra y ahora... ve a la fuente, adonde encontrarás al príncipe Gabriel, tan noble y generoso como tú. No te **envanezcas** de tu belleza, que es un don transitorio, y le parecerás mucho más admirable.

Y besándola sobre la frente, desapareció, dejando una estela de luz y perfume en la sombra azulada de la caverna.

Aprendamos nuevas palabras

Abogues: pedir ayuda o defensa.

Acento mordaz: hablar con burla.

Adiestrase: aprender, entrenarse.

Agazapados: agachados y escondidos.

Alabarda: lanza larga con punta.

Alabastro: piedra blanca, a veces transparente.

Albo: blanco.

Alborozada: muy feliz.

Almenas: salientes cuadrados en la parte de arriba de los muros de un castillo.

Alucinación: visión que parece real pero no lo es.

Amedrentar: asustar para que no se haga algo.

Amonestar: llamar la atención para corregir un comportamiento.

Antemano: antes de que pase algo.

Arrobamiento: entusiasmo, emoción muy grande.

Áureo: dorado, brillante.

Aya: señora que se encarga de cuidar y acompañar a los niños en un palacio.

Benefactora: persona que hace el bien a otros.

Benevolencia: bondad, deseo de ayudar.

Brumoso: cubierto de niebla.

Cabalgata: paseo o desfile a caballo.

Cabellera cana: pelo de color gris.

Carbuncho: piedra preciosa roja o brillante.

Caritativo: que ayuda a los demás.

Casacas: chaquetas de uniformes.

Cauce: camino que sigue el agua.

Celada: trampa o engaño.

Ceñidor: cinturón.

Cetro: bastón de rey o reina.

Chal: prenda de tela para cubrir hombros.

Comitiva: grupo que acompaña a alguien importante.

Corza: cierva joven.

Deidad: dios o ser divino.

Desatinada: equivocada, sin sentido.

Deserción: abandono de un lugar o deber.

Destellos fosforescentes: pequeñas luces que parecen salir de un objeto o de un ser vivo.

Diestra: mano derecha.

Divisarla: verla a lo lejos.

Encaje: tela decorativa.

Envanezcas: creerse superior o vanidoso.

Escarpadas: muy empinadas.

Escondrijo: lugar secreto.

Escudriñó: miró con cuidado.

Esgrimía: movía como arma (bastón, espada).

Espeluznada: asustada, con miedo.

Estalactitas: piedras que cuelgan del techo de las cuevas.

Estalagmitas: piedras que suben desde el suelo de las cuevas.

Estertor: sonido feo y ronco que hace un animal herido, casi como un grito.

Estirpe: familia o linaje.

Exótica: rara o diferente.

Extraviarse: perderse.

Falacia del pensamiento: idea falsa que se presenta como verdadera.

Fauces: boca de un animal feroz.

Flores odoríferas: flores que huelen bien.

Fuente cantarina: agua que suena al correr.

Galas primaverales: vestidos o adornos de colores de primavera.

Grua: cueva pequeña.

Haré trizas: romperé en pedazos.

Hirsuta: pelo áspero o desordenado.

Hosca deidad: divinidad con aspecto o carácter duro, poco amigable.

Incandescentes: que brillan con luz propia.

Indecible: tan grande que no se puede expresar con palabras.

Indolentemente: sin esfuerzo, con pereza.

Intrépida: valiente, sin miedo.

Involuntario: sin querer.

Irremisible: de manera inevitable.

Jirones: pedazos rasgados.

Júbilo: alegría grande.

Lacayos: sirvientes de palacio.

Lóbrega: oscura, triste.

Luceros: estrellas o luces brillantes.

Magnificencia: grandeza, belleza impresionante.

Malas artes: trucos o poderes mágicos que son malos o perversos.

Manos sarmentosas: con huesos salientes.

Mantilla de blondos encajes: pieza de encaje fino que cubre la cabeza y los hombros.

Melancolía: tristeza, pena, nostalgia.

Morada: casa, lugar donde se vive.

Nubias: esclavas o sirvientas, procedentes de la antigua región de Nubia, en África.

Obsidiana: roca negra y brillante de origen volcánico.

Palafreneros: cuidadores de caballos.

Paraje: un lugar o sitio.

Pasadizo: camino estrecho.

Pavimento: suelo firme y duro.

Perseverar: insistir.

Platicar: hablar.

Platino: metal brillante, parecido al oro blanco.

Pleitesía: acto de mostrar mucho respeto y obediencia a un rey o una princesa.

Pobrecillo: persona o animalito que inspira ternura o compasión.

Portentosos: muy grandes o impresionantes.

Reconvenir: llamarle la atención a alguien, de forma suave, por haber hecho algo malo.

Regios: dignos de reyes; majestuosos o muy elegantes.

Regocijo: alegría intensa.

Relegasen: dejar aparte o lejos.

Sangre azul: se usa para hablar de la nobleza o de personas de familia real.

Sarmentosa: se refiere a una mano delgada, nudosa y retorcida, como las ramas secas.

Se avino: aceptó o estuvo de acuerdo.

Sierpe: serpiente de gran tamaño.

Somnolencia: ganas de dormir.

Sortija: anillo pequeño y adornado, usado como joya.

Talismán: objeto que da suerte.

Tibores: vasijas grandes y bonitas que se usan para decorar un salón.

Trompas de caza: instrumentos para anunciar caza.

Tumultuosamente: de manera ruidosa y confusa.

Varilla mágica: en literatura fantástica, objeto con poderes sobrenaturales.

Vasallos: personas que servían y obedecían a un rey o señor en tiempos antiguos.

Vasto: muy grande.

Vindicativa: que busca vengarse.

El Instituto Superior de Formación Docente Salomé Ureña (ISFODOSU) se enorgullece en presentar la Serie I de su nueva colección editorial Cuentos Infantiles Dominicanos. Esta primera entrega es un homenaje a “los pioneros”, grandes autoras y autores que sentaron las bases de la literatura infantil en nuestro país. En sus páginas, los lectores podrán descubrir la rica diversidad de nuestra cultura, desde los fascinantes mitos y leyendas de nuestros aborígenes y el fabuloso mundo de los animales que hablan, hasta hermosas historias de familia y el universo mágico de los sueños de infancia.






Diez libros que han sido concebidos como un tesoro en las manos de cada niño y niña, para alimentar su imaginación y acompañarlos en su formidable aventura de crecimiento. Confiamos en que los pequeños se sumerjan con ilusión en sus páginas, que padres y madres disfruten de estas aventuras literarias junto a ellos, y que nuestros maestros y maestras integren este valioso material a la enseñanza en las aulas.

¡Que cada cuento sea una puerta a un mundo de aprendizaje y de maravillas, para toda la familia!



Calle Caonabo esquina Leonardo da Vinci,
Urbanización Renacimiento, Sector Mirador Sur,
Santo Domingo, D. N. República Dominicana.
Tel.: 809.482.3797

www.isfodosu.edu.do

    @isfodosurdo  isfodosu

ISBN 978-9945-639-58-2



9 789945 639582